

# Reordenando la reflexión. De la epistemología a la política. Algunas preguntas sobre el campo de la comunicación

REORDERING REFLECTION: FROM EPISTEMOLOGY TO POLITICS.  
INQUIRIES ON THE FIELD OF COMMUNICATION

Juan Carlos Arias Herrera\*  
Sergio Roncallo Dow\*\*

Fecha de recepción: 14 de marzo del 2012

Fecha de aceptación: 8 de junio del 2012

## RESUMEN

El propósito de este artículo es hacer una revisión crítica del campo de la comunicación —entendido como campo de investigación y reflexión— y el modo en el que se ha tratado de legitimar su existencia desde la posguerra. Nuestra postura sostiene que si bien es posible encontrar algunas narrativas relativamente lineales y continuas para entender la comunicación, de lo que se trata aquí es de comprender, por un lado, la fragmentación y los juegos de lenguaje múltiples que confluyen en él. Del otro, resulta clave comprender que el problema central no tiene que ver con la

## ABSTRACT

The purpose of this article is making a critical revision of the field of communication —understood as a field of research and reflection— and the way its existence has been tried to be legitimated since the postwar period. Our stance holds that, even though it is possible to find relatively linear and continuous narratives to understand communication, what is regarded here is reaching comprehension of the fragmentation and language games brought together in it. Besides, the core problem does not rely on the consolidation of a linear and scientific epistemological narrative, but on the man-

\* Filósofo de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Realizador de Cine y TV de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente adelanta el Doctorado en Historia del Arte en la Universidad de Illinois en Chicago, Estados Unidos. Es profesor asistente del Departamento de Artes Visuales de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: arias.juan@javeriana.edu.co.

\*\* Filósofo de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Magíster en Comunicación y Doctor en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Es profesor asistente de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Sabana, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: sergiord@unisabana.edu.co.

consolidación o no de una narrativa epistemológica lineal y cientificista sino, más bien, con el modo en el que los discursos se articulan dando lugar a narrativas cuyo eje gira en torno a su carga política y no a la pretendida cientificidad que ha querido atribuírseles.

**Palabras clave:** comunicación, teoría de la comunicación, epistemología, política, legitimación, cientificidad.

ner discourse is articulated, giving place to such narratives turning around their political charges and not the supposed scientific value attributed to them.

**Keywords:** Communication, theory of communication, epistemology, politics, legitimacy, scientific value.

Hay un problema común en el campo de la investigación en comunicación y que parece hacerse presente de manera continua desde el final de la segunda guerra mundial: la pregunta por el estatus del campo mismo. Más allá de las diferencias en los métodos, aproximaciones, marcos conceptuales e incluso en los *objetos* de las investigaciones, de tanto en tanto, el campo se pliega sobre sí mismo e intenta definir su naturaleza y tareas futuras. Este es, probablemente, el mejor síntoma para reconocer la existencia de un campo particular: *no un acuerdo común acerca de su objeto y sus métodos, o una definición definitiva de este, sino una dinámica autoreflexiva que plantea la pregunta acerca de la historia e identidad del campo como tal*. Su necesidad continua de re-pensarse. En este sentido, la pregunta acerca del campo parece ser, precisamente, su elemento fundante de cohesión y, más allá de la pregunta, es difícil reconocer un modo unificado de responder al problema de la definición del campo de la investigación en comunicación desde 1950 hasta el presente.

Múltiples y diversas narrativas han intentado trazar una imagen coherente del campo. Peters y Simonson (2004), por ejemplo, dividen su análisis por décadas, definiendo cada periodo a partir de un problema principal o de una teoría. Así, los autores proponen diferentes narrativas que permitirían pensar el campo durante los últimos cincuenta años, dependiendo del período particular: la narrativa dominante en los cincuenta fue la “teoría de la sociedad de masas” que se movió entre la afirmación y la crítica del *status quo*; los sesenta son definidos como “la década de desarrollo” debido a la prevalencia de la teoría de la modernización; finalmente, los setenta fueron los años de la construcción de la actual orientación del campo centrada en un renovado interés en los efectos de los medios y en una reflexión sobre la historia de la investigación en comunicación.

En otra dirección, Katz, Peters, Liebes y Orloff (2008) parecen escoger una segmentación diferente tomando como punto de partida ciertas escuelas y movimientos, dentro de los cuales la Escuela de Frankfurt, la Escuela de Toronto y los Estudios Culturales británicos son los movimientos más relevantes en la segunda mitad del siglo XX. McQuail (2004), a diferencia de las clasificaciones previas, divide el campo por temas y problemas: audiencias, efectos de los medios masivos, contenidos, producción, son algunas de sus categorías. Un elemento común a todos los autores es que parecen reconocer la existencia de múltiples narrativas que dan forma a lo que actualmente entendemos como “investigación en comunicación”. La primera pregunta que estaríamos tentados a hacer al enfrentar esta escena particular es si estas divisiones se basan en un criterio unificado, o si ellas solo afirman la fragmentación del campo. Este parece ser un importante problema en miras de una definición del campo.

Diversos autores han optado por la opción de la fragmentación y han afirmado la imposibilidad de encontrar grandes narrativas de cohesión en las ciencias de la segunda mitad del siglo XX. El concepto de “posmodernidad” de Lyotard es, tal vez, una de las nociones más extendidas para describir este problema. Lyotard (1991) señala una diferencia entre la comprensión moderna del conocimiento y la noción posmoderna. La primera se refiere a la definición de ciencia que se legitima a sí misma al hacer referencia a un metadiscurso, es decir, a una gran narrativa que determina el objeto de conocimiento (ontología), los métodos válidos para acceder a él (epistemología), y las consecuencias prácticas de dichos métodos (ética y axiología). “La dialéctica del espíritu, la hermenéutica del sentido, la emancipación del sujeto razonante o trabajador” (p. 9) son algunos ejemplos de esas metanarrativas modernas. “Posmodernidad” significaría, siguiendo esta lógica, la crisis de estas grandes narrativas legitimadoras. De acuerdo con Lyotard, la “computarización” de la sociedad desde los cincuenta ha creado una disminución en la confianza en esas metanarrativas, y ha desplazado el problema de la legitimación del conocimiento a “pequeñas narrativas” que dependen de contextos particulares de producción de sentido.

La perspectiva de Lyotard, aplicada al campo de la investigación en comunicación, parece ofrecer una clara respuesta al problema de la dicotomía unidad-fragmentación del campo; en este sentido, la crisis posmoderna de las grandes narrativas podría ser leída como una confirmación del carácter fragmentario de la investigación en comunicación durante las últimas décadas —una pregunta interesante es si estas grandes narrativas realmente existieron en el campo de la investigación en comunicación antes de 1950, pero este no es el lugar para desarrollar este problema—. Esta fragmentación podría ser probada a través de la simple observación de la mayoría de las investigaciones teóricas y prácticas pro-

ducidas durante esos años. Sin embargo, quisiéramos leer el concepto de “posmodernidad” de Lyotard, no como la afirmación de la absoluta fragmentación, sino como un desplazamiento del concepto de unidad dentro de la multiplicidad de fragmentos que componen nuestro presente. El concepto clave para comprender este desplazamiento es el de “juegos de lenguaje” propuesto por Wittgenstein en los cincuenta y reutilizado por Lyotard como el método por excelencia en su definición de la condición posmoderna. Este concepto implica que las reglas de producción de sentido, tradicionalmente considerado como un a priori del conocimiento, dependen de un particular contexto performativo del conocimiento mismo. Este concepto no implica una negación de la noción de unidad, sino la afirmación de su existencia *solo* dentro de condiciones performativas particulares. Así, el concepto de unidad no depende de un principio externo, sino de una construcción interna.

Respecto a la investigación en comunicación, esta perspectiva implica que las diferentes aproximaciones, es decir los distintos fragmentos, no encuentran un elemento de cohesión en un objeto externo que preexista al campo, sino en la permanente construcción de un objeto dentro de reglas particulares de producción de sentido. Lo que nos interesa subrayar desde esta perspectiva es que esto implica, no solo una nueva posible *respuesta* a la pregunta acerca de la unidad del campo, sino especialmente la necesidad de un nuevo modo de *plantear* la pregunta misma. Probablemente, continuamos preguntándonos de un modo “moderno” acerca del estado de un campo “posmoderno”. Esto significa que continuamos suponiendo que el problema de la definición del campo debe ser planteado en términos de dualidades excluyentes como unitario-fragmentado, y que es necesario escoger una de las opciones con el fin de responder la pregunta. Si aceptamos la condición posmoderna del conocimiento, el problema de un campo como la comunicación no es decidir si este continúa basándose en una narrativa unitaria o si ha sucumbido a la inevitable fragmentación de nuestro tiempo. El problema real es qué tipo de unidades son producidas dentro y entre los “fragmentos” particulares, y cómo estas unidades son construidas.

En este sentido, la historia del campo no puede ser representada en una simple línea recta en la que un autor o movimiento sigue a sus antecesores modificando algunos supuestos metodológicos, pero en la cual la continuidad está garantizada por un objeto común que mantiene unido al campo. En otras palabras, resulta un error craso pensar el campo en términos, por ejemplo, de *paradigmas* de la comunicación. Esto, porque la noción de paradigma no se ajusta a lo que las llamadas teorías de la comunicación pretenden explicar. La visión que propone Kuhn (2004) de la ciencia y la idea misma de las revoluciones científicas supone unos criterios de cientificidad que difícilmente podrían aplicarse

al campo de la comunicación toda vez que la idea de *revolución* supone una superación en términos comprensivos y explicativos.<sup>1</sup> Consideramos que el paso que hay, por ejemplo, de un planteamiento funcionalista a los supuestos de la teoría crítica, no implica una *revolución* o un cambio paradigmático en el sentido kuhniano.

La historia del campo se percibiría más bien como un conjunto de líneas, una al lado de la otra, que son interrumpidas y reiniciadas, y que se superponen una a la otra creando una compleja cartografía. Foucault (2000) se sirvió del concepto nietzscheano de “genealogía” para definir esta perspectiva sobre la historia. Lo que es importante en una narración histórica particular, de acuerdo con Foucault, no es su grado de verdad, sino las relaciones particulares creadas por esa narración singular. Por tanto, crear una narrativa no significa encontrar un gran principio de unidad que brinde cohesión a todos los fragmentos. *Una narración particular construye una idea de unidad de acuerdo a aquellos encuentros y rupturas que quiere subrayar.*

Sería posible producir, por ejemplo, una narrativa particular del campo guiada por la preocupación por los efectos de los medios. Esto es lo que Gitlin (2004) afirma acerca de la existencia de una idea dominante en el campo desde los setenta. McQuail (2004) parece apoyar esta idea al ofrecer una clasificación de los cuatro paradigmas principales del campo en los últimos cincuenta años: 1. La perspectiva “funcionalista”, centrada en los efectos positivos de los medios en la vida social. 2. La perspectiva “cultural”, centrada en problemas de la cultura desde una aproximación cualitativa. 3. La perspectiva “crítica-cultural”, interesada en exponer el trasfondo ideológico de los medios masivos y sus consecuencias. 4. la perspectiva “económico-política” que examina los medios como fuerzas materiales de producción dentro de la sociedad. Los cuatro paradigmas parecen enfocarse, como en el caso de Gitlin, en los contenidos de los medios y en sus efectos sobre las audiencias. Lo que parece cambiar entre un paradigma y el otro es la perspectiva y los métodos para examinar esos efectos.

Si quisiéramos incluir una perspectiva como la de la Escuela de Toronto dentro de esta narrativa, sería necesario hacer énfasis en las consecuencias del carácter técnico de un medio en particular, en lugar de la lógica técnica en sí misma. Al seguir esta lógica, análisis como el de Ong (1982) acerca del paso de las sociedades orales a la tecnología de la escritura, deberían ser leídos como un intento por mostrar las diversas consecuencias de un cambio tecnológico en

---

<sup>1</sup> Es lo que sucede, por ejemplo, con el paso del geocentrismo al heliocentrismo —uno de los desplazamientos paradigmáticos clásicos—. Una vez este segundo paradigma se afianza y logra un nivel alto de cientificidad —en términos explicativos— el anterior entra en desuso. Esto no sucede cuando hablamos de *paradigmas de la comunicación* y por ello consideramos un error el tratamiento lineal y omnicompreensivo que se ha buscado dar a las llamadas teorías de la comunicación.

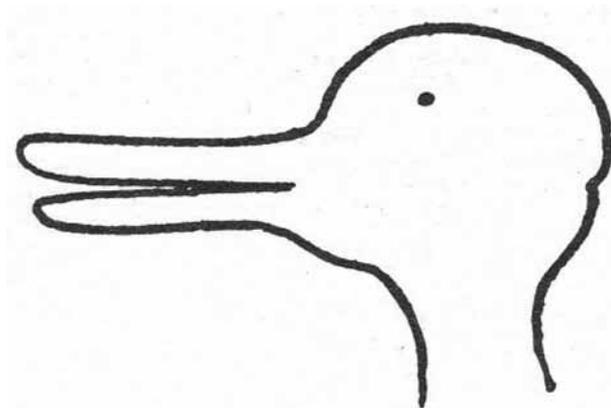
los procesos de transmisión y archivo de la información. La existencia de una tecnología lineal como la escritura, basada en un soporte material autónomo, implicaría la transformación de la estructura social, política, cultural, e incluso de los procesos cognitivos. El surgimiento de un modo conceptual de pensamiento, de los Estados modernos, de los géneros literarios como la novela, de un campo como la lingüística que implica una distancia sobre el lenguaje, son solo unas pocas de las diversas consecuencias que Ong y otros autores (Havelock, 1963; Eisenstein, 1979) derivan de la naturaleza singular de la nueva tecnología escritural, más allá de los contenidos que esta podía transmitir.

Sin embargo, algunos autores interpretan los planteamientos de la Escuela de Toronto  $\frac{3}{4}$ especialmente algunos conceptos de McLuhan $\frac{1}{4}$  como una aproximación ontológica a la tecnología más que como una preocupación sobre los efectos empíricos de los medios (van Loon, 2008; Stevenson, 2002). Estas lecturas no subrayan las consecuencias del cambio tecnológico, sino el análisis de la naturaleza particular de una tecnología específica. Esto implica un desplazamiento en los estudios de la comunicación de una preocupación por los contenidos y sus efectos hacia el problema de la forma y el carácter técnico de los medios. Esta interpretación dificulta clasificar a la Escuela de Toronto dentro de uno de los principales paradigmas propuestos por McQuail, y produciría una narrativa diferente del campo centrada en el carácter singular de los medios.

Estas diferencias entre dos posibles clasificaciones muestran que cualquier narrativa posible siempre destaca algunos aspectos y aproximaciones, e ignora u oculta algunos otros. La idea de unidad no elimina la fragmentación. Ambas coexisten en el mismo espacio narrativo. La relación dialéctica entre ellas es lo que compone lo que nosotros percibimos como “el campo” de la investigación en comunicación. De nuevo, un concepto de las *Investigaciones filosóficas* (1988) de Wittgenstein —esta vez tomado de Jastrow— puede ser útil para “ilustrar” este punto: el ‘pato-conejo’.

Este ejemplo muestra dos imágenes incluidas en la misma figura; dos imágenes heterogéneas que se excluyen la una a la otra. Pero es precisamente esa exclusión lo que crea la unidad singular de la imagen. El espectador puede percibir o bien el pato o bien el conejo, y cambiar de uno a otro. Pero es necesario verlos *al mismo tiempo* para percibir el “pato-conejo” y no la alternancia entre las dos figuras. Esto es posible al percibir la *diferencia* en y la *conjunción* de las figuras, es decir aceptando la naturaleza dialéctica de la imagen. De este modo, la unidad es solo posible por una percepción particular de la fragmentación, no por su eliminación. El campo emerge como una figura de dos caras en la cual cada una depende y es percibida únicamente por la existencia de la otra. La pregunta autoreflexiva acerca del campo, en lugar de exigir que se escoja una cara,

puede hacer visible esta relación dialéctica y ofrecer una imagen más compleja del campo (figura 1).



**Figura 1.** Pato-conejo de Jastrow

Fuente: reproducido por Wittgenstein (1988).

Siguiendo estas ideas, quisiéramos proponer la pregunta sobre las narrativas y la unidad del campo en términos diferentes. En lugar de tratar de defender la idea de un campo unificado o la idea opuesta de la fragmentación —revisando diversos autores, escuelas y perspectivas, y usándolos como pruebas empíricas de una u otra posición— nos interesa subrayar la necesidad de cambiar los términos en los cuales se formula la pregunta por el campo. La pregunta acerca de la unidad o la fragmentación del campo no debe ser formulada en términos abstractos y duales. En lugar de preguntar “¿Existe una unidad en el campo de la investigación en comunicación?”, sería necesario preguntar en qué condiciones una idea particular de unidad ha sido producida; qué tipo de narrativas —siempre en plural— de unidad han sido producidas y por qué. Probablemente, más importante, qué tipo de narrativa e idea de unidad estamos produciendo hoy —qué estamos privilegiando y qué estamos dejando afuera.

Este “nuevo” modo de preguntar acerca del campo implica que ahora la pregunta no es solo un asunto *epistemológico* sobre el objeto de la investigación, sino especialmente una aproximación *política* a las consecuencias de cierto modo del preguntar. Esto es, lo que, implícitamente, hizo John Downing en su texto “Where We Should Go Next and Why We Probably Won’t” (2003).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> “Dónde debemos ir ahora y por qué probablemente no lo haremos”.

El texto de Downing se suma a una larga tradición de textos que reflexionan el estado presente del campo de la investigación en comunicación y sus proyecciones futuras. En este sentido, su texto podría ser leído como una propuesta para cambiar los objetos de estudio dentro de un campo consolidado, al igual que muchos otros textos publicados con anterioridad. El famoso texto de Berelson (2004) sobre la “muerte” del campo al final de los años cincuenta es un buen ejemplo. Berelson (1959) afirma la necesidad de explorar nuevas líneas dentro del campo con el fin de evitar la repetición de los que él considera son las principales aproximaciones a la investigación en comunicación durante la primera mitad del siglo XX. Tanto el principio de unidad que él encuentra en los estudios de comunicación antes de 1950 como su propuesta de siete líneas para la investigación futura, muestra que su preocupación era principalmente un asunto epistemológico. Berelson estaba interesado en expandir los objetos del campo y, consecuentemente, los métodos para pensar dichos objetos. La pregunta es si existe alguna distancia entre los textos de Berelson y Downing, además de las obvias diferencias en sus propuestas particulares.

Nos gustaría entender la propuesta de Downing no solo como una expansión epistemológica del campo, sino sobre todo como una transformación en el modo como se plantea la pregunta por el campo. La mayoría de sus afirmaciones apuntan a señalar las consecuencias políticas del modo que el campo se ha preguntado por sus propios métodos y objetos. Nuestro interés es mostrar que algunos de los principales movimientos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX crearon las condiciones para entender que una transformación en el objeto de investigación es no solo una decisión metodológica sino también una elección política. Queremos proponer dos ejemplos para explicar este desplazamiento de una dimensión epistemológica de la pregunta acerca del campo a las consecuencias políticas de dicha pregunta: el problema del (anglo)américa centrista señalado por Downing, y el énfasis en lo “micro” propuesto por aproximaciones como la de la Escuela de Frankfurt y la de los estudios culturales.

Antes de profundizar en estos dos casos, quisiéramos explicar brevemente el concepto de “política” que usamos aquí. Tradicionalmente, el concepto ‘política’ parece estar relacionado exclusivamente con los asuntos del Estado y el problema de la gobernabilidad. Nuestra época heredó esta comprensión de diversas reflexiones modernas en las cuales los asuntos políticos estaban relacionados directamente con los sistemas de gobierno y la práctica de la ley. Autores como Maquiavelo y sus reflexiones acerca de la república y los principados; *El contrato social* de Rousseau y la pregunta por la existencia de una fórmula de administración legítima; y las ideas de Hobbes acerca de la necesidad de los cimientos del Estado, son algunos ejemplos de esta relación entre política y

Estado. Sin embargo, una línea particular de pensamiento durante la segunda mitad del siglo XX expandió el significado de “política” al conectar el término con los procesos de producción de subjetividad. Uno de los mejores ejemplos es el desarrollo del concepto de poder realizado por Michel Foucault. En términos generales, Foucault (1998) propone el concepto de “microfísica del poder” para definir un nuevo tipo de adscripción política del cuerpo desarrollada desde el siglo XVII en las sociedades occidentales. Este concepto hace referencia al conjunto de técnicas y procesos de localización diseminada que eran usados para disciplinar a los individuos por medio de coerción directa de los cuerpos. En este sentido, “microfísica del poder” define un nuevo modo de aplicación del poder diferente de las prácticas del Estado. El concepto condensa una serie de “técnicas meticolosas” localizadas en medio de la vida cotidiana determinando un modo particular de producción de la subjetividad. Foucault (1998) recuerda cómo

[l]a “invención” de esta nueva anatomía política no se debe entender como un repentino descubrimiento, sino como una multiplicidad de procesos con frecuencia menores, de origen diferente, de localización diseminada, que coinciden, se repiten, o se imitan, se apoyan unos sobre otros, se distinguen según su dominio de aplicación, entran en convergencia y dibujan poco a poco el diseño de un método general. Se los encuentra actuando en los colegios, desde hora temprana más tarde en las escuelas elementales; han invadido lentamente el espacio hospitalario, y en unas décadas han reestructurado la organización militar (p. 142).

Así, autores como Foucault definen un desplazamiento en el concepto de política acercándolo a la noción de *ética*. Como afirma Rancière (2000) refiriéndose al mismo problema, el concepto de política define el problema de la distribución de lo “común”. Este término no solo se refiere a la riqueza o al territorio, sino también a una sensibilidad compartida, a modos de percepción, o lenguajes —el problema de tener una voz pública, por ejemplo—. Estas perspectivas sobre el problema de la subjetividad o el concepto de lo “común” muestran que el concepto “política” cubre los procesos de constitución —y no solo de administración— de la vida pública, de una realidad compartida. Considerando este sentido del concepto “política” es posible ahora exponer los dos casos que usaremos como explicación del desplazamiento de una pregunta epistemológica del campo de los estudios en comunicación a una dimensión política de esta.

Uno de los puntos más interesantes en la reflexión propuesta por Downing es el énfasis en el (anglo)américa centrisimo del campo de los estudios en comunicación. Tradicionalmente este problema ha sido discutido en el caso de

los medios, pero rara vez en el caso de los estudios acerca de los medios. Nos interesa, precisamente, este último caso. Downing (2003) afirma que el campo de la investigación en comunicación ha sido definido a través de un evidente predominio de las investigaciones estadounidenses e inglesas. Lo que llamamos “campo” es el resultado de universalizar un grupo de aproximaciones sobre objetos particulares sin tener en cuenta los contextos singulares que determinan la naturaleza de dichos objetos. El campo ha operado homogeneizando y *esencializando* los medios en un marco anglo-americano (p.498). Downing propone, en respuesta, investigaciones comparativas que incluyan otras perspectivas locales sobre problemas que tradicionalmente han definido el campo de los estudios en comunicación. Sin embargo, sería posible preguntarse cuál es exactamente el problema del llamado (anglo)américa centrismo. ¿Podríamos afirmar que, por ejemplo, la teoría de Barthes sobre la fotografía es un ejemplo de eurocentrismo únicamente porque él solo habla desde un contexto europeo? El problema no es simplemente, como Downing sugiere, que un autor o una escuela particular hablen acerca de un contexto concreto ignorando la existencia de otras perspectivas; o que un académico no pueda leer en otros idiomas con el fin de conocer las diferentes aproximaciones a los problemas que acostumbra a trabajar. El (anglo) américa centrismo no es solamente un problema epistemológico, en el sentido en que este universaliza los objetos de investigación definiendo lo que entendemos como el campo de los estudios en comunicación. Si este fuera el problema, la solución sería muy simple: sería suficiente con incluir investigaciones sobre otros contextos alrededor del mundo y así expandir el campo siendo “políticamente correcto”.

El problema real es que este carácter cerrado del campo ha producido: 1. Que *el otro* empiece a ser definido y reducido en los términos con los que la perspectiva anglo-americana acostumbra a pensar sus propios objetos. 2. Que *el otro* empieza a hablar de sí mismo y de sus propios objetos en los términos con que la perspectiva anglo-americana lo han definido. El problema es, por tanto, las consecuencias políticas de este carácter reducido del campo. Sería inútil incluir nuevos objetos dentro del campo si este mantiene los mismos términos para plantear las preguntas acerca de esos nuevos objetos. De hecho, esto es exactamente lo que el anglo-centrismo ha hecho. La mayoría de los esfuerzos por incluir lo que tradicionalmente no ha tenido lugar en las investigaciones de Estados Unidos o Inglaterra, eventualmente reducen al otro a categorías familiares con las que el contexto americano e inglés ha sido pensado. Categorías como “tercer mundo” o “países subdesarrollados” son buenos ejemplos de los términos que han sido usados por años para tratar de pensar al otro, incluso con la buena intención de la inclusión. La pregunta es por qué un país o una cultura deberían

ser definidos dentro del marco del desarrollo económico americano. Esto es lo que autores como Tomlinson (2004) parecen olvidar. Tratando de presentar un complejo análisis del problema del imperialismo, Tomlinson no se da cuenta que los términos que usa para plantear el problema del imperialismo están todavía conectados con el imperialismo. “En el caso del imperialismo cultural en el Tercer Mundo, afirma Tomlinson, este término puede señalar vínculos entre la dominación presente y un pasado colonial” (p. 223). El problema es que cuando él dice “este término” está hablando del “imperialismo”, pero nunca cuestiona el término “Tercer Mundo”. En este sentido, él reproduce un modo particular de definir al otro.<sup>3</sup> El investigador de la comunicación parece hacer lo mismo que hacen los medios que intenta analizar.

El problema se agrava cuando este tipo de términos son usados por los otros para definirse a sí mismos. A lo largo de estos años en los que la comunidad internacional definió a Latinoamérica como parte del “tercer mundo”—en muchos sentidos “esos” años todavía siguen presentes—, Latinoamérica empezó a producir un discurso de autodefinición en términos de subdesarrollo. Esto es lo que algunos autores condensan en términos como “colonialismo”: no solo la imposición de objetos de investigación, sino especialmente de modos de pensar acerca de esos objetos.

En los últimos años en Latinoamérica han surgido algunas nuevas perspectivas sobre este problema bajo el nombre de “estudios decoloniales”. La pregunta principal de estas perspectivas es si es posible construir “otras” ciencias sociales-culturales que no reproduzcan los procesos de subordinación de algunas subjetividades y formas particulares de conocimiento a una forma hegemónica del discurso, y que no reproduzcan el anglo-América centrismo y colonialismo de las ciencias hegemónicas (Walsh, 2007). Además de intentar recuperar el interés en la propia cultura y expandir los objetos de investigación a realidades autóctonas, esta perspectiva implica la creación de un nuevo lenguaje, de nuevos términos para plantear el problema de qué se considera “propio”. Esto significa preguntarse cómo la construcción angloamericana del campo de los estudios en comunicación ha influenciado la percepción latinoamericana de los procesos de comunicación en Latinoamérica. El campo debe deconstruir sus propios términos al mismo tiempo que expande sus objetos. La reflexión epistemológica acerca de los límites del campo debe ser al mismo tiempo una reflexión política de los términos en los que el campo se piensa a sí mismo.

---

<sup>3</sup> Es interesante que hoy el término “subdesarrollo”, usado por varios años—incluso en la educación básica que personas como nosotros recibimos—, ha sido por la fórmula “políticamente correcta” de “países en vía de desarrollo”. Este término, aunque parece ser menos peyorativo, continúa asumiendo el modelo económico de Estados Unidos como criterio de categorización del mundo “exterior”.

El segundo ejemplo de este desplazamiento, hacia la reflexión política, es la perspectiva particular introducida por aproximaciones como la Escuela de Frankfurt y los estudios culturales al campo de los estudios en comunicación. La primera, compuesta por famosos pensadores sociales provenientes de diversos campos, encuentra una conexión con los estudios en comunicación especialmente durante la segunda guerra mundial, cuando la mayoría de estos autores viajan a Estados Unidos. Lazarsfeld (2004) ofrece una buena “imagen” para comprender la naturaleza de esta perspectiva. Él subraya la práctica de observación en la vida cotidiana y la interpretación de sus significados sociales como la principal característica de su perspectiva crítica: “Así, lo que aparece para un observador ordinario como un incidente en una sala de cine, se convierte desde este punto de vista, en un síntoma de gran significado social” (p. 170). La crítica del investigador aparece, en este sentido, como un *diagnóstico* del Estado de una sociedad basado, no solo en los fenómenos más evidentes que definen sus tendencias, sino especialmente en las disposiciones más sutiles que dan forma a lo que parece ser natural para la mayoría de las personas. De este modo, cuando autores como Adorno y Horkheimer reflexionan acerca de la “industria cultural”, ellos no están hablando únicamente de las tendencias más evidentes en la cultura popular, sino sobre su presencia y dinámicas de reproducción en un nivel “micro”. Esto no implica estudiar solo prácticas minoritarias, sino fenómenos que tradicionalmente pasan desapercibidos para los investigadores sobre los medios.

En la década del setenta, los estudios culturales produjeron un desplazamiento similar; la redefinición de la cultura y de los métodos para su estudio realizados por esta perspectiva implicaron una nueva atención en objetos, dinámicas y prácticas que habían sido ignoradas hasta el momento. Un buen ejemplo es el texto de Du Gay, *Doing Cultural Studies. The Story of the Sony Walkman*, en el cual examina el valor del walkman como artefacto cultural mostrando su importancia en la construcción de significados comunes. En este sentido, du Gay resume el objetivo central de los estudios culturales: el análisis de la cultura definido como la “clarificación de los significados y valores implícitos y explícitos en formas de vida particulares” (1997, p. 14). Este análisis de los significados implica una nueva consideración de objetos aparentemente banales insertados en la vida cotidiana. Al igual que en la Escuela de Frankfurt, este desplazamiento podría ser definido como un énfasis en lo “micro”, en las líneas sutiles que componen nuestra percepción del mundo. Lo que queremos destacar es que este desplazamiento no es solo un cambio del objeto de estudio, sino especialmente una transformación en el modo de preguntar por fenómenos que la investigación en comunicación ha estudiado tradicionalmente. Autores como Carey (2004) y su énfasis en la definición ritual de la comunicación; Barthes (2004) y la construcción

retórica de la imagen; y Hall (2004) y su reflexión sobre los procesos sistemáticos de distorsión de la comunicación, muestran que no es necesario plantear objetos totalmente nuevos, sino cambiar los términos para plantear los problemas.

Cambiar continuamente los términos del preguntar implica, al mismo tiempo, preguntarse acerca de las consecuencias de plantear la pregunta de un modo particular. ¿Qué implica preguntarse por *el otro* en términos de “tercer mundo”? ¿qué significa preguntar por los objetos cotidianos en términos de “artefactos culturales” y no simplemente de “objetos útiles”? ¿qué indica el leer una tendencia particular como “síntoma” de nuestra condición cultural?, o incluso, ¿qué implica preguntar sobre la unidad o fragmentación del campo de la investigación en comunicación en términos de exclusión o a través de una comprensión dialéctica? Lo que hemos intentado mostrar es que estas preguntas no apuntan únicamente a cuestiones epistemológicas del campo de la comunicación, sino especialmente a su dimensión política <sup>3</sup>/<sub>4</sub> en el sentido en que el concepto “política” fue definido más arriba <sup>3</sup>/<sub>4</sub>. Asumiendo una perspectiva foucaultiana, estas preguntas quiebran la organización jerárquica tradicional de los elementos en los discursos producidos dentro del campo y, por ende, se oponen a un modo particular de producción de realidad. Estas preguntas apuntan a mostrar que un discurso de conocimiento no es una simple descripción de un objeto, sino la producción de ese mismo objeto como tal. El objeto no preexiste a la pregunta acerca de él mismo. El objeto aparece como tal *entre* los términos de la pregunta. Foucault (1973) muestra, por ejemplo, la construcción discursiva de la “locura” a través de una nueva relación entre la disciplina psiquiátrica, los discursos religiosos, y las prácticas de prisión desde el siglo XV. Algunos podrían afirmar que esto es solo una descripción de la creación de un nuevo término para nombrar una realidad que había existido durante diversos períodos. Sin embargo, precisamente lo que Foucault muestra es que el fenómeno aparece como tal cuando los discursos y sus relaciones con las prácticas cambian.

Podríamos hacer un ejercicio similar con conceptos como “sociedad de masas” en el campo de la comunicación. Sería posible argumentar que este concepto nombra las consecuencias de una serie de fenómenos derivados del desarrollo del capitalismo durante los siglos XIX y XX. La división del trabajo y la industrialización de las ciudades, la economía de mercado y la emergencia de la publicidad son algunos factores que contribuyeron al surgimiento de la “cultura de masas” (Macdonald, 2004). Sin embargo, el problema es qué implica colocar todos estos fenómenos juntos, y qué consecuencias son posibles de derivar de esta particular conexión. El concepto implica, por ejemplo, una división entre “alta cultura”, relacionada con la idea de las artes del siglo XIX, y la “cultura popular” definida por el consumo y la homogenización. Lo que incluimos en cada una de

estas categorías implica una división particular de la realidad que podría cambiar nuestra percepción de esta.

En este sentido, preguntar acerca de los términos en los cuales el campo de la investigación en comunicación indaga por sus objetos y por sí, lo cual conlleva preguntar acerca de un modo particular de construcción de la realidad, y sobre cómo el campo se inserta en esta. Las tendencias futuras del campo deberían considerar este problema como una de sus prioridades. En lugar de proponer un conjunto particular de temas de estudio, quisiéramos subrayar la necesidad que el campo incremente su reflexión acerca de sus modos singulares de preguntar por un objeto y de indagar sobre sí mismo. El campo no necesita resolver la contradicción entre sus diversas e inconmensurables aproximaciones, y tender hacia una idea de unidad. Tampoco afirmar la absoluta fragmentación y negar la posibilidad de construir una unidad. El campo necesita pensar esta permanente dialéctica entre unidad y fragmentación, es decir, reflexionar acerca de qué tipo de narrativas son creadas cuando se plantea la pregunta por el estatus del campo, usando unos términos en lugar de otros. Sería muy simple afirmar, por ejemplo, que la tarea futura de los estudios en comunicación debe ser pensar el carácter singular y las posibles consecuencias de los llamados “nuevos medios”. Sin embargo, la pregunta sobre estos nuevos medios necesita pensarse no solo como un cambio en el objeto de estudio  $\frac{3}{4}$  de los medios “tradicionales” a los “nuevos” medios—. ¿Cuáles son los términos que estamos privilegiando al plantear la pregunta por los nuevos medios? ¿Qué voces se están dejando de lado? Lo que el campo debe comprender hoy es que, como afirma Tomlinson (2004), “existen otros modos de hablar” (p. 223). El problema no es incorporar esos otros modos como objetos de estudio, nombrarlos en un ejercicio bien intencionado de inclusión. El reto real es mantener una permanente reflexión acerca de los términos que usamos para pensar a esos “otros”.

Durante varios años la distinción entre aproximaciones y métodos opuestos ha definido el carácter singular del campo de la investigación en comunicación. Cuantitativo-cualitativo, universal-local, unitario-fragmentado, macro-micro, contenido-forma, cultura-economía son solo unos pocos ejemplos de las relaciones de oposición dentro del campo. No creemos que estas relaciones dialécticas deban ser resueltas en el futuro. Es fácil afirmar la necesidad de una síntesis cada vez que enfrentamos una oposición. En este caso, se afirma la utilidad de mantener el carácter dialéctico del campo. En lugar de tratar de resolver las dualidades, es necesario preguntar qué puede mostrar una oposición particular en relación con un objeto particular. Hay fenómenos particulares que podrían ser reducidos si los pensamos a través de la elección de uno de los términos de las dualidades, aun si tratamos de alcanzar una síntesis de dichos términos. Hay fenómenos que

exigen ser pensados *en* la oposición de términos. Un buen ejemplo es el caso de los movimientos sociales y las organizaciones activistas emergidas en las últimas dos décadas en relación cercana con la popularización de Internet y los nuevos medios. En el caso particular de Latinoamérica, por ejemplo, sería difícil afirmar si el problema tiene una dimensión universal o local (Pitman, 2007). Es común tratar de pensar este problema en términos locales, pero probablemente es importante localizarlo en la tensión entre lo local y lo universal, entre el interés de recuperar una identidad propia, y el diálogo y conflicto permanente con “el otro”. No es posible pensar el problema de los discursos de identidad en Latinoamérica sin comprender antes la tensión entre las influencias de “lo otro” y la afirmación de “lo propio”. Como afirma Downing, siguiendo el concepto de “mediación” de Martín-Barbero (2003), el problema es pensar entre las oposiciones (p. 509). Una de las tareas principales del campo es pensar las *condiciones de posibilidad* para erigir y mantener ese “entre”.

## REFERENCIAS

- Barthes, R. (2004). Rhetoric of the Image. In D. McQuail (Ed.), *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Londres: SAGE Publications.
- Berelson, B. (2004). The State of Communication Research. En Peters, J. y Simonson, P. (Eds.), *Mass Communication and Social Thought*. Maryland: Rowman & Littlefield.
- Carey, J. (2004). A Cultural Approach to Communication. En McQuail, D. (Ed.), *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Londres: SAGE Publications.
- Downing, J. (2003). Where We Should Go Next and Why We Probably Won't. En Valdivia, A. (Ed.), *A Companion to Media Studies*. Malden: Blackwell.
- Eisenstein, E. (1979). *The printing press as an agent of change: communications and cultural transformations in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, M. (1973). *Madness and Civilization. A History of Insanity in the Age of Reason*. Nueva York: Vintage Books.
- Foucault, M. (2000). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Madrid: Pre-Textos.
- Foucault, M. (1998). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México D. F.: Siglo XXI.
- Gay, P. d. (1997). *Doing Cultural Studies. The Story of the Sony Walkman*. Londres: SAGE Publications.
- Gitlin, T. (2004). Media Sociology: the Dominant Paradigm. En McQuail, D. (Ed.), *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Londres: SAGE Publications.
- Hall, S. (2004). The television Discourse; Encoding and Decoding. En McQuail, D. (Ed.), *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Londres: SAGE Publications.
- Havelock, E. (1963). *Preface to Plato*. Cambridge: Harvard University Press.

- Katz, E.; Peters, J.; Liebes, T. y Orloff, A. (Eds.) (2008). *Canonic Texts in Media Research*. Cambridge: Polity Press.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lazarsfeld, P. (2004). Administrative and Critical Communication Research. En Peters, J. y Simonson, P. (Eds.). *Mass Communication and American Social Thought*. Rowman & Littlefield.
- Lyotard, J. F. (1991). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.
- Macdonald, D. (2004). A Theory of Mass Culture. En Peters, J. y Simonson, P. (Eds.). *Mass Communication and American Social Thought* (pp. 343-353). Maryland: Rowman & Littlefield.
- McQuail, D. (2004). *McQuail's Readers in Mass Communication Theory*. Londres: Sage Publications.
- Ong, W. (1982). *Orality and Literacy*. Londres: New Accents.
- Peters, J. y Simonson, P. (Eds.) (2004). *Mass Communication and American Social Thought*. Maryland: Rowman & Littlefield.
- Pitman, T. (2007). Latin American Cyberprotest: Before and After the Zapatistas. En Taylor, C. y Pitman, T. (Eds.). *Latin American Cyberculture and Cyberliterature*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Rancière, J. (2000). *La partage du sensible. Esthétique et politique*. París: La Fabrique.
- Stevenson, N. (2002). *Understanding Media Cultures*. Londres: SAGE Publications.
- Tomlinson, J. (2004). The Discourse of Cultural Imperialism. En McQuail, D. (Ed.). *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Londres: SAGE Publications.
- van Loon, J. (2008). *Media Technology. Critical Perspectives*. Londres: McGraw-Hill.
- Walsh, C. (2007). ¿Son posibles unas ciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales. *Nómadas* (26), 102-113.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: UNAM-Crítica.